

El gruñón millonario

Capítulo extra

Molly

Había algo reconfortante en el ritmo de teclear. El clic de las teclas, ese pequeño zumbido del pensamiento al pasar del cerebro a la pantalla. Incluso cuando mis tobillos comenzaban a hincharse y mi espalda baja manifestaba su protesta, el acto de dar forma a las palabras se sentía como colocar piezas de un rompecabezas. Como construir un pequeño mundo donde todo, eventualmente, encaja.

Me acomodé de nuevo en el sillón cerca de la ventana principal, mi rincón favorito de nuestra casa de piedra rojiza, donde podía vigilar el vecindario y fingir que no estaba a medio camino entre el resplandor y el refunfuño. La ciudad seguía su ritmo habitual más allá del cristal: bocinas, pasos, la música de alguien derramándose desde una ventana abierta. Dentro, sin embargo, todo era calma. Acogedor.

Me acaricié distraídamente la suave curva de mi vientre. Aún era pronto, acababa de entrar en el segundo trimestre, pero mi cuerpo ya se sentía diferente. Como si supiera lo que venía y hubiera comenzado a prepararse entre bastidores. A veces, muy entrada la noche, juraba que podía sentir un aleteo, apenas un susurro de movimiento. Como un secreto.

Dos secretos, en realidad.

Dios, todavía no me lo puedo creer.

Gemelas.

Sonreí y miré el cursor parpadeante en la pantalla, luego volví al párrafo que acababa de escribir:

"Las mejores historias de amor no tratan solo de calor y química, aunque este libro tiene ambos en abundancia. Se trata de estar presente, una y otra vez, para la persona que tiene tu corazón, incluso cuando resulta inconveniente, desordenado o francamente aterrador. El amor verdadero se encuentra en los momentos de tranquilidad. La taza de té colocada junto a un portátil. Los suaves besos en el vientre antes de dormir. La forma en

que te mira como si fueras todo su mundo. Cinco estrellas, obviamente".

Lo releí, asentí y pulsé en "guardar borrador", justo cuando la puerta principal crujía al abrirse y una voz familiar se hacía oír.

—Se supone que deberías estar descansando, pero huelo a café.

Tenía que limitar mi consumo de cafeína debido al embarazo. El único momento en que me permitía tomar una taza de café era cuando trabajaba en mi blog.

Sonreí ampliamente. —Y a sudor. Déjame adivinar... ¿has hecho polvo a Beckett?

Se oyó el suave golpe de sus llaves al caer en el cuenco de la mesa de entrada, seguido de pasos cruzando el suelo de madera. Grant apareció en el arco luciendo deliciosamente desaliñado: pantalones cortos de baloncesto, mangas de la sudadera remangadas, pelo húmedo por la ducha. Estaba sonrojado y radiante con esa calma post-ejercicio que siempre mostraba, como si nada en el mundo pudiera alterarlo.

Mi marido era irritantemente bueno en todo, incluso en verse injustamente atractivo después de sudar durante un partido intenso.

Caminó directamente hacia mí y me dio un beso en la coronilla antes de ponerse en cuclillas frente a mí, apoyando sus manos en mis rodillas.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó, con voz baja y cálida.

—Bien. La entrada del blog se ha escrito sola, lo cual es un milagro considerando que las gemelas aparentemente están usando mi columna como saco de boxeo.

—Avísame si quieres que presente una queja formal contra ellas.

Me reí suavemente. —Lo dices ahora, pero espera unos meses. Estarán organizando conciertos a medianoche.

Sonrió, pero hubo un destello de distracción tras sus ojos. —Beckett está un poco fuera de sí.

La última ruptura de Beckett había explotado más allá del desamor habitual que venía con ella, y Grant lo había invitado a un partido de

baloncesto para apoyarle. Lo que significaba jugar como si estuvieran en equipos rivales. *Hombres*, suspiré mentalmente. Solo podían hablar de sus emociones entre ellos cuando estaban haciendo algo así. Pero entonces, yo había disfrutado demasiadas novelas románticas con héroes emocionalmente estreñidos como para quejarme mucho sin parecer una hipócrita.

Asentí. —¿Quieres hablar de ello?

La familia Sullivan ahora era mi familia, con todas sus excentricidades, y yo quería a los hermanos de Grant como si fueran míos. Odiaba que Beckett estuviera sufriendo en este momento.

Exhaló y se movió para sentarse en el suelo junto a mí, acariciando distraídamente mi pantorrilla. —Ella ha lanzado el álbum.

No tenía que preguntar quién. La ex de Beckett era una cantante de música country y se había tomado la ruptura muy mal, convirtiéndolo en el problema de todos los demás.

—Oh no.

—Sí. Lleno de canciones sobre desamor y traición. Cualquiera con Google y un calendario podría descifrarla. Hay una canción llamada "Traje y una serpiente".

Parpadee sorprendida. —¿Estás de broma?

—Ojalá lo estuviera. Y Beckett finge que no le molesta, pero se nota. Está avergonzado. Enfadado. Y sinceramente, dolido.

Bajé la mano y entrelacé mis dedos con los suyos. —No se merece eso.

—No, no se lo merece. —Grant levantó nuestras manos unidas hasta sus labios, rozando mis nudillos con un beso—. Le dije que se adelantara legalmente si ella sigue cruzando límites. Pero más que eso, le recordé que las personas que importan ya conocen la verdad.

—Eres un buen hermano —le apreté la mano.

—Lo intento —dijo, pero su mirada volvió a mi vientre, y algo en su expresión se suavizó—. Hablando de cuidar a personas que amo...

Sacó algo del bolsillo de su sudadera. Un pequeño bote de loción, espesa, cremosa y con aroma a cacao. Me reí suavemente.

—¿Has traído crema para la barriga?

—Dijiste que te picaba la piel. Y te vi retorciéndote en esta silla como una mujer torturada por sus propios ligamentos.

—Creo que nuestros bebés tienen algo que ver con eso —reí suavemente—. Es muy considerado por tu parte.

Sonrió y levantó suavemente el dobladillo de mi jersey, con sus manos reverentes sobre mi piel.

—Me gusta cuidar de ti —dijo—. Y de ellas.

Bajó la cabeza y besó la curva de mi vientre. Mi corazón latió, súbito y pleno.

—Vamos a la cama para que pueda hacer mi magia —dijo, poniéndose de pie.

Mi corazón latió un poco más rápido, aunque sabía que él no pretendía darle un doble sentido. El embarazo solo había aumentado mi deseo por Grant.

Me tendió la mano y me ayudó a levantarme, aunque todavía no lo necesitaba del todo. Me condujo a nuestro dormitorio y me ayudó a tumbarme, exponiendo suavemente mi vientre y plantando dos besos más antes de quitar la tapa del bote de loción.

Sus dedos sacaron un poco de loción, y luego la extendió por mi vientre en círculos lentos y cuidadosos. El aroma llenó el aire, cálido y rico, como chocolate derretido con algo terroso debajo.

Su toque era suave. Reverente. No creía que alguna vez me acostumbrara a la forma en que Grant me miraba ahora. Como si estuviera viendo más que solo mi cuerpo, como si viera el futuro formándose justo bajo sus palmas.

Se me hizo un nudo en la garganta. No necesitaba las hormonas del embarazo para sentir la oleada de amor tan grande que me hacía escocer los ojos con lágrimas, pero definitivamente ayudaban.

—Van a tener el mejor padre —susurré.

Él levantó la mirada, y había un destello de emoción en sus ojos. —Solo quiero que sepan que están a salvo. Que son amadas. Pase lo que pase.

Asentí, parpadeando rápidamente. —¿Alguna vez te has preguntado cómo serán?

—Todo el tiempo —dijo, todavía frotando pequeños círculos reconfortantes—. Creo que una de ellas tendrá tu fuego. Esa forma en que te aferras cuando algo importa. Y quizás la otra tendrá tu ternura. Esa parte de ti que siempre se guía por el corazón.

—Mmm. —Le aparté el pelo de la frente—. Espero que tengan tu firmeza. Tu manera de hacer que todo parezca menos aterrador.

—Definitivamente tendrán tu imaginación —murmuró—. Y tu sonrisa.

—Y tu lealtad.

—Y tu gran corazón.

Permanecemos en silencio un momento. Ese tipo de silencio que se siente sagrado. Ese que te llena desde dentro hacia fuera.

Levanté su rostro hacia el mío y le besé, suave y lento y lleno del tipo de amor que solo había crecido más profundo desde el primer "te quiero", desde la boda, desde ese pequeño signo positivo en la prueba de embarazo.

—Pase lo que pase —susurré contra sus labios—, ¿tú y yo? Esto es todo.

Grant me atrajo hacia él, tan cerca como podía sin aplastar a las bebés, y apoyó su frente contra la mía.

—Tú y yo —dijo—. Siempre.

Y con sus brazos a mi alrededor, el aroma de la crema de cacao en el aire, y nuestro futuro dando suaves pataditas bajo mis costillas, lo creí con todo mi ser.